
LIBRO TERCERO ^{le 108 r} sucumbe O.

DISOLUCION DE LA UNIDAD DE LA EDAD MEDIA.

CAPÍTULO I.

DECADENCIA DEL IMPERIO.

Los emperadores de Alemania se creían los sucesores de los Césares y los jefes temporales de la cristiandad; bajo este doble título contenía el Imperio el germen de una monarquía universal. La monarquía universal, legado de la antigüedad pagana, es una falsa concepción de la unidad; destruyendo toda vida individual, se opone á los designios de Dios en la creación. Por esto Dios rompe las débiles obras de los hombres que pretenden igualar ó imitar su omnipotencia. Los pueblos perecían bajo las apariencias magníficas de la unidad romana: la Providencia envía á los Bárbaros para regenerarlos. La Providencia también es quien arma al Pontificado para detener en su principio la tentativa de dominación de los emperadores de Alemania. Esto no quiere decir que los Hohenstaufen hayan amenazado la libertad del mundo tan formalmente como Roma; tenían contra sí el espíritu de los pueblos germánicos, que llevaba invenciblemente á la división, á la separación, al individualismo. Los Hohenstaufen no tenían en su favor más que su genio; tenían que fracasar forzosamente.

En el fondo el debate no tanto era entre las pretensiones absorbentes del Imperio y los derechos de las naciones como entre el Estado y la Iglesia. Los emperadores, que debían ser los defensores de la cristiandad y los apoyos de la Santa Sede, quisieron ser los señores. La Iglesia, lejos de someterse al poder temporal, aspiraba, por el contrario, á dominar á los reyes. De aquí una inevitable lucha. Esta lucha no podía tener otro resultado que la caída del Imperio. Desde Gregorio VII trabajan en ello los papas sin descanso. En vano hacen protestas de sus buenas intenciones; en vano buscan el ideal de la unidad fundada en la armonía del Pontificado y del Imperio; el ideal es falso, la armonía imposible. Si el Emperador es el jefe temporal de la cristiandad, debe ser fuerte; si es fuerte, amenaza á la independencia de la Santa Sede; es preciso, pues, debilitarle. Gregorio VII, el fundador del Pontificado, es al mismo tiempo el destructor del Imperio. El poder de los emperadores podía llegar á ser formidable por herencia; Gregorio presta su apoyo á los príncipes alemanes para hacer electivo el Imperio. El ascendiente de los Hohenstaufen, si se hubieran conservado, hubiera acabado por hacer el Imperio hereditario en su familia; para separarlos hace Inocencio un llamamiento á la libertad de Alemania y á los derechos de los príncipes. La elección triunfa; ya es un germen de debilidad irremediable. Desde este momento la unidad por medio del Emperador se hace imposible. El genio alemán, inclinado á la división, se desarrolla libremente. Los grandes vasallos, que en un principio no eran más que funcionarios, se crean una especie de soberanía; de este modo sus intereses están en oposición con la unidad del Imperio; la guerra civil queda en cierto modo establecida en Alemania. Los papas han debilitado al Imperio para ser los señores, pero los emperadores resisten. Entonces empieza el trabajo de destrucción. Gregorio podía todavía esperar la unión de los dos poderes; no veía más obstáculos para ello que las malas pasiones de un príncipe. Después de Federico Barbaroja y de Enrique VI, Inocencio III podía creer que la discordia consistía en la ambición de una familia; separa á los Hohenstaufen del trono. Pero, apenas coronado, el protegido de la Santa Sede vuelve sus armas contra su bienhechor. La experiencia es decisiva: la concordia del Sa-

cerdocio y del Imperio es imposible. Puesto que el Imperio es incompatible con el Pontificado, es preciso que el Emperador desaparezca para dejar el puesto al Vicario de Dios.

El Pontificado consiguió su objeto; veamos cómo usó de su victoria. Inocencio IV escribió á los príncipes alemanes que procedan á elegir el landgrave de Turinga; espera que aprobarán lo que ha tenido á bien disponer, y que nombrarán sin dilacion y por unanimidad el candidato de la Santa Sede (1). El *rey de los sacerdotes* fué literalmente el vasallo del Papa: se le vió solicitar la confirmacion de la Santa Sede para actos deliberados en una dieta de príncipes! (2). Los obispos mismos despreciaban su propia obra: uno hizo arrojar gentes del Rey al Rhin, otro prendió fuego á la casa habitada por el jefe del Imperio. Esta sombra de monarquía no inspiraba ni amor ni temor. Todo lazo de unidad se habia roto; cada cual se aislaba, no contando más que con sus fuerzas ó sus alianzas personales. ¡El Imperio y todos los derechos del Imperio eran bienes vacantes y sin dueño; el más fuerte se llevaba la mejor parte del botín! Los *reyes de los sacerdotes* favorecian esta disolucion social; vendian todo lo que encontraba comprador; los bienes del Imperio, los hombres del Imperio, las ciudades del Imperio, los derechos del Imperio (3); en fin, el Imperio mismo fué puesto en almoneda. Despues de la muerte del landgrave de Turinga, la corona de Alemania, la primera dignidad del mundo cristiano, fué ofrecida al Conde de Gueldres; éste rehusó un honor que casi habia llegado á ser un oprobio. El Duque de Brabante rehusó igualmente los ofrecimientos que se le hicieron; el hermano del Rey de Inglaterra tampoco quiso una corona que no daba ni poder ni consideracion. Hasta el Rey de No-

(1) «*Nostris in hac parte beneplacitis libertius et promptius vos credimus parituros. Hinc est quod universitatem vestram monemus quatenus eundem landgravium unanimiter absque dilationis dispendio eligatis.*» (RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1246, § 2). El landgrave fué elegido por los arzobispos de Tréveris, de Maguncia y de Colonia «*De mandato et voluntate Domini Innocentii Papae.*» (*Gesta Trevirensis Archiepiscopi*, núm. 186, en MARTENE, *Anecd.* IV, 253.)

(2) El Papa responde al rey de Alemania: «*Nos tue sublimitatis precibus inclinati, quod á te super hoc factum est, et ratum habentes et gratum, illud apostólica auctoritate confirmamus.*» (RAYNALD., a. 1252, § 17.)

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 348 y sig.; 345, 190, 346.

ruega rehusó el hacerse instrumento ciego de la Iglesia. Por fin el Conde de Holanda aceptó; pero, dice un contemporáneo, habia perdido sus posesiones, habia cedido hasta la herencia de sus padres (1); aceptó el Imperio lo mismo que un hombre arruinado acepta un pedazo de pan. Despues de la desaparicion de esta sombra de rey ya no se halló candidato en Alemania; hubo que dirigirse á los príncipes extranjeros. La reputacion de las esterlinas inglesas habia penetrado en el continente; los arzobispos de Colonia y de Maguncia vendieron el trono de Alemania al conde Ricardo. El comprador se obligó á dar doce mil marcos de plata al primero, ocho mil al segundo, diez y ocho mil á los dos duques de Baviera, ocho mil á cada uno de los demas príncipes. El arzobispo de Tréveris, creyéndose lesionado por este contrato, hizo proposiciones al Rey de Castilla, que merece bien poco el sobrenombre de Sabio que lleva; el español ofreció más que el rico inglés; prometió veinte mil marcos á cada uno de los electores (2). La Alemania tuvo, pues, dos reyes; Alfonso no puso jamas los piés en su reino. Ricardo hizo una corta aparicion en él; sus tesoros no eran inagotables, y con el dinero perdió sus partidarios (3).

Hé aquí lo que los papas hicieron del Imperio de Occidente. La corona que daba el gobierno temporal de la cristiandad no tentaba ya la ambicion de los pequeños príncipes alemanes; ¡se la vendia en almoneda! No habia ya Imperio. Los *reyes de los sacerdotes*, sin autoridad alguna en Alemania, no pensaban ya ni aún en Italia. Cuando despues de la caida de los Hohenstaufen Rodolfo de Habsburgo fué llamado al trono, la monarquía recobró alguna fuerza, pero los príncipes alemanes habian perdido la aficion á las expediciones italianas; Rodolfo abandonó la Italia á sí misma (4). Durante más de sesenta años toda relacion entre los

(1) M. PARIS, *ad a.* 1251, p. 698.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 361-365.

(3) Los Alemanes decian con una sencillez algo grosera: «*Quod eum non dilecerunt propter personam, sed ratione substantiae, et dederunt ei libellum repudiij.*» *Auctor incertus, ap. Urstisium.* (RAUMER, t. IV, p. 365.)

(4) ALBERTUS ARGENTINENSIS. *Chronic.*, ap. *Urstisium*, t. II, p. 103: «*Rex Rudolfus nullum motum habens ad Italiam, forsitan quia vidit ceteris multis male successisse.*»

reyes de Alemania y las ciudades italianas cesó. Sin embargo, la idea del imperio sobrevivió al Imperio. El Emperador era considerado siempre como el heredero de los Césares de Roma, como el señor del mundo. Esta idea, esencialmente romana, tenía, sobre todo en Italia, un gran poder. El derecho romano, enseñado con lucidez en Bolonia, dominaba las inteligencias. En su entusiasmo por las leyes de Justiniano, confundían los legistas en un mismo culto las máximas de justicia eterna profesadas por los juriscultos de Roma, y las pretensiones de los emperadores romanos á la monarquía universal. Estaba escrito que el Emperador era el señor del mundo; pues el universo debía someterse á sus sucesores.

En el siglo XIV una familia nueva recibió la corona de Alemania. Enrique VII, el primer Emperador de la casa de Luxemburgo, parecía realizar los sentimientos nobles y elevados instintos de la caballería. Tipo del héroe cuyo nombre ha inmortalizado Cervantes, recorría el mundo buscando aventuras, enderezando entuertos, protegiendo la inocencia (1). Enrique VII vivía en un mundo ideal; nunca penetró en la realidad de las cosas. ¿Debemos admirarnos de que se entusiasmase por la grandeza del Imperio? No vió en ello un objeto de ambición personal; el Emperador debía ser en mayor escala lo que había sido el caballero: el órgano de la justicia, el guardador de la paz (2). Por un singular acaso estas ideas entusiasmaban al mismo tiempo á uno de los grandes poetas del mundo moderno. Dante se había formado un ideal con el Imperio; cuando oyó que el Rey caballero pasaba los Alpes para reivindicar la corona imperial, creyó que Enrique realizaría la edad de oro con que soñaba en su duro destierro. Escribió una epístola dirigida á todos los príncipes, á todos los hijos de Italia, para exhortarlos á recibir dignamente al Salvador que iba á llegar. Dante evoca los recuerdos de Virgilio y de los oráculos sibílinos;

(1) *Gest. Balduini, Trevirensis Archiepiscopi*, II, 1: «Fuit miles imperterritus, hostiludiorum et torneamentorum á mari ad mare in juventute semper questivus, iudex justissimus; pauperum, pupillorum, mercatorum, peregrinorum promptissimus defensor; raptorum, tyrannorum, malefactorum, rigidissimus exterminator.» (BALUZE, *Miscellan.*, t. I, p. 112.)

(2) BARTHOLD, *der Romerzug König-Heinrichs von Lützelburg*, t. I, p. 285.

toma el lenguaje inspirado de los profetas para infundir á los Italianos sus esperanzas: «Se aproxima el tiempo deseado en que se manifiestan los signos de consuelo y de paz; el nuevo día empieza á derramar su luz, mostrando hácia el Oriente la aurora que disipa las tinieblas de nuestra gran miseria..... Vamos, pues, á gozar de alegría, nosotros que hace tanto tiempo habitamos en el desierto. El sol de la paz va á aparecer, y la justicia, que no daba ya claridad, va á adquirir un nuevo esplendor..... El león de la tribu de Judá ha prestado atención á los lamentos de la prisión universal..... Regocíjate en adelante, ¡oh Italia tan digna de piedad! y que bien pronto serás envidiada por el mundo entero, porque tu esposo, que es la alegría del siglo y la gloria de tu pueblo, el misericordioso Enrique, el glorioso César, se apresura á acudir á tus nupcias. ¡Oh la más bella de las vírgenes! enjuga tus lágrimas y deja tus vestidos de luto..... ¡Oh habitantes de Italia! levantaos ante vuestro Rey. Obedecedle, dadle el poder; manifestad á su presencia vuestra reverencia, vosotros, todos los que bebeis en sus fuentes, los que navegáis por sus mares..... vosotros, todos los que no poseéis las cosas públicas y privadas más que por él» (1).

Enrique VII fué llamado á Italia por los Gibelinos, pero por un feliz concurso de circunstancias, los Güelfos no le eran hostiles. El Papa favorecía su empresa (2); prisionero en Avignon, esperaba que el apoyo del Emperador le abría las puertas de Roma y le devolvería su independencia. El Emperador parecía, pues, predestinado á dar la paz á las ciudades italianas á quienes desgarraba el furor de las facciones (3). Sus primeros resultados, que parecían milagrosos, le confirmaron en estas ilusiones; hubiérasele creído un ángel de paz ante el cual callan todas las pasiones. Bajó los Alpes seguido solamente de dos mil caballeros; sin embargo,

(1) El texto de la carta se encuentra en la edición de la *Divina Comedia* de BALDASSARE LOMBARDO. BARTHOLD da una traducción completa (*Der Romerzug*, t. I, p. 339-343).

(2) Clemente V escribió á las ciudades italianas exhortándolas á que se sometiesen á Enrique (RAYNALD, *Ann. Eccl.*, a. 1310 §§ 9-15).

(3) Enrique creía tener la misión de reconciliar á los Güelfos y á los Gibelinos. Véase su discurso á los jefes de su ejército que favorecían á los Gibelinos y maltrataban á los Güelfos (ALB, MUSSAT, II, 4).

á su voz los señores que se habian erigido en dueños de las repúblicas, resignaban su tiranía; las ciudades güelfas y gibelinas abrian sus puertas á los vicarios imperiales; la paz, la justicia y la libertad reaparecian allí donde habian reinado la division, el odio y la opresion (1). El honrado Emperador creyó que habia calmado las disensiones seculares, apagado sus odios inveterados: al parecer no habia ya Güelfos y Gibelinos. Era una bella ilusion. Una varita mágica habia adormecido á los Italianos; este sueño ficticio no podia ser duradero. El odio del nombre aleman quedaba en el fondo de los espíritus, ardiente como el sol de Italia; los sentimientos de caridad dejaron paso bien pronto á los gritos de: «¡Muerte á los Alemanes! muerte á los Bárbaros!» (2). La Italia fué de nuevo un campo de batalla entre Güelfos y Gibelinos. El Emperador tuvo que conquistar su corona. Roma misma cayó en poder de sus enemigos; Enrique hizo vanos esfuerzos para apoderarse de la iglesia de San Pedro en donde debia tener lugar su coronacion (3).

Sin embargo, esta resistencia no disminuyó en nada la confianza del Rey. Faltándole la fuerza llamó en su apoyo al derecho. Reúnense dietas, instrúyense diligencias judiciales; trátase nada ménos que de acusar ante el Imperio á todos los que se atrevan á resistir al Emperador; ¿no son culpables de lesa majestad, segun las leyes romanas? Apoyado en su derecho (4), Enrique VII no retrocede ante ninguna consecuencia. Condena á las ciudades á demoler sus fortificaciones, las priva de sus franquicias, les impone multas; los principales Güelfos son puestos fuera de la ley (5); el Rey mismo de Nápoles, aliado de los Güelfos, es citado ante el tribunal imperial y condenado en rebeldía como

(1) BARTHOLD, *Roermzug*, t. I, p. 411 y sig., 459.—SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, c. 27.

(2) ALB. MUSSATENS. I, 8: «*Bononienses plebiscita legesque in Regem regique obsequentes statuere, in quibus et imperatoris nomen proferenti capitale sit supplicium.*»

(3) BARTHOLD, *der Roermzug*, t. I, p. 475 y sig.—SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, c. 27.

(4) Enrique VII en una ley dada en Pisa en 1312 dice: «*Divina præcepta quibus jubetur, quod omnis anima Romanorum principi sit subjecta.*» (*Edictum de crimine læsæ majestatis*, en PERTZ, *Leg.* II, 544.)

(5) Véanse las *Actas* en PERTZ, *Leg.* II, 519-528; 537-543.

culpable de lesa majestad: la sentencia dice que es depuesto y que incurrirá en la pena de muerte si se presenta en las tierras del Imperio (1). Al ver á Enrique VII condenar á muerte á un rey poderoso dan tentaciones de creer que el orgullo extraviaba la razon del Emperador (2). Los contemporáneos no lo creyeron así; nadie puso en duda la legalidad de las decisiones (3). Enrique reunió todas sus fuerzas para asegurar su ejecucion. Uno de los mejores historiadores del siglo catorce dice que el mundo entero esperaba grandes acontecimientos, y que solamente la muerte del Emperador salvó á la Casa de Anjou (4).

¿Hubiera restablecido Enrique la majestad del Imperio, tal como lo creian sus contemporáneos (5), si Dios le hubiera dejado vivir? No tenia á su favor más que su entusiasmo y la conviccion profunda de su derecho; los sentimientos generales de su tiempo no le ofrecian apoyo alguno. La Alemania habia renunciado á la ambicion del Imperio. No se vió ya á los grandes dignatarios de la corona acompañar á su rey en su expedicion de Italia; su séquito se parecia al de un jefe germano que por su valor lleva tras sí á los guerreros impacientes por aventuras y ávidos de botin (6). No es á la cabeza de algunos compañeros como puede un Emperador llamarse el rey del mundo. Aquel señor de la tierra se hallaba en una penuria tal que en Génova le fué imposible pagar sus gastos; desde su departamento imperial pudo oír las quejas de los tenderos contra la pobreza del reyezuelo aleman (7). Enrique VII tenia una noble ambicion, queria reconstituir un pasado glorioso; pero no se resucita al que ha muerto, todos los ensayos para hacer an-

(1) *Eundem Robertum, rebellem, proditorem et hostem Imperii, dictæque majestatis crimine reum, de toto prædicto Imperio exbannimus et diffidamus, et ipsum, si quo tempore in nostram et imperii fortiam venerit, vita per capitis mutilationem privandum, in his scriptis sententialiter condemnamus...* (PERTZ, II, 545-549).

(2) VOLTAIRE (*Anales del Imperio*, año 1313) dice de todas estas sentencias: «*Wenceslao, loco, no hubiera dado semejantes rescriptos.*»

(3) BARTHOLD, *Der Roermzug*, t. II, p. 322, 388 y sig.

(4) VILLANI, IX, 53.

(5) *Gesta BALDUINI Trevirensis Archiepiscopi*, II, 17 (BALUZE, *Miscell.* I, página 133): *Illud gloriosum romanum imperium vere fuerat revocatum, condonatum, et in maxima parte restauratum; cujus recuperationis finis imminebat, quod, proh dolor, ista mors pessima toti catholice fidei nociva pessime prohibebat.*

(6) BARTHOLD, *der Roermzug*, t. I, p. 392 y sig.

(7) BARTHOLD, t. II, p. 149 y sig.

dar el tiempo hácia atrás no sirven más que para demostrar que la muerte es irrevocable.

La empresa de Enrique VII iba realizada por el carácter caballeresco del príncipe; aún cuando no dispusiese más que de pequeños medios, hizo nacer grandes esperanzas y atrajo hácia sí las miradas de la cristiandad. La idea del Imperio seguía siendo una idea seria aunque irrealizable; el nieto de Enrique VII supo hacerla ridícula. Carlos IV tenía, lo mismo que su abuelo, la convicción de los derechos del Imperio á la dominación del mundo; se complace en la *Bula de oro* en llamar al Emperador el señor de la tierra, pero carecía del alma elevada de Enrique VII. Carlos IV no tenía el orgullo de la dignidad imperial, no tenía más que la vanidad; las dos terceras partes de la ley fundamental que dió á Alemania tienen por objeto la pompa pública de la coronación y el ceremonial de la corte, de que era idólatra (1). Cuando este príncipe pasó los Alpes, no llevaba más objeto que añadir la corona de hierro y la corona imperial á la que llevaba como Rey de Alemania: en cuanto á los derechos del Imperio no se preocupaba de ellos más que cuando podían producirle dinero. La gran cuestión para él era la minuciosa observancia de todas las ceremonias de la coronación prescritas por el Papa. El Emperador y el soberano Pontífice rivalizaban en pequeñeces. Inocencio VI manda desde Avignon que «el prefecto de Roma lleve espada ante el Emperador, pero que éste es un signo de honor y no una señal de jurisdicción; el Papa estará sobre su trono rodeado de sus cardenales; el Emperador empezará por besarle los pies...» Hé aquí las miserias de que se ocupaban el jefe espiritual y el jefe temporal de la cristiandad! El Imperio no es ya más que un nombre; el poder de los señores de la tierra se reduce á una vana pompa. Los contemporáneos hablan con desprecio de este Emperador de teatro: Llegado á Italia con trescientos caballeros desarmados, parecía, dice Villani, más bien un comerciante que va á la feria que un Emperador.

(1) Estas son las palabras de PFEFFEL, *Compendio de la Historia y del derecho público de Alemania*, año 1378, p. 407. En la *Bula de Oro* se trata de cosas de esta importancia: la mesa del Emperador tres pies más alta que la de la Emperatriz, y la de la Emperatriz tres pies más alta que la de los electores, etc.

Él, jefe nato de los Gibelinos, se hizo el más humilde servidor del Papa: prometió no permanecer más que un día en Roma y se obligó á volverse á marchar inmediatamente después de su coronación (1). Los Italianos habían demostrado siempre respeto hácia la autoridad imperial, por más que combatiesen al Emperador; para Carlos IV no tuvieron más que desden. Petrarca, que alimentaba acerca del Imperio las ilusiones de un admirador de la antigüedad (2), se indignó de aquella cobarde impotencia: «Huye, exclama, sin que se le persiga. Para justificarse dice que ha jurado no permanecer más que un día en Roma. ¡Oh juramento deplorable! oh día de vergüenza!» (3). Los historiadores repiten estas censuras; llaman á Carlos IV la *peste del Imperio* (4). No merece ni tanto honor ni este exceso de indignidad. No es él quien ha matado al Imperio, sino el Pontificado. La idea del Imperio sobrevivía á la verdad, pero no era ya más que una teoría de legista y una vana pretensión inherente á la corona de Alemania, á la manera de esos títulos de reinos que no existen ya más que en la historia (5).

El Imperio ha muerto; el Pontificado reivindica para sí las dos espadas. Sin embargo, acaba por notar que la espada espiritual pierde su fuerza desde el momento en que la Santa Sede no tiene ya el apoyo de la espada temporal; entonces trata de resucitar el Imperio. En el siglo XIV los papas exaltan el poder imperial para hacer de él una arma contra los reyes. Pero en vano reconoce Bo-

(1) RAYNALD, a. 1346: «Promitto quod ante diem mihi pro coronatione imperiali praefigendam non ingrediatur Urbem Romam, quodque ipsa die, qua coronam recepero... dictam Urbem exibo cum tota gente mea et extra totam terram romanæ Ecclesie recto gressu transferam versus terras imperio subjectas, nunquam postmodum ad Urbem, regna praedicta Sicilia, Sardinia, Corsica, vel alias terras romanæ Ecclesie, nisi de speciali licentia sedis Apostolicæ accessurus...»

(2) PETRARCA escribe á Carlos IV: «Para mí no sois el rey de Bohemia; yo veo en vos el rey del mundo, el emperador romano, el verdadero César.» (*Famil., Ep. X, 1.*)

(3) PETRARCA *Epist.* (en GOLDAST, *Monarquía*, t. II.)

(4) El emperador Maximiliano I es quien le ha llamado así. (PFEFFEL, *Derecho público*, p. 407.)

(5) La idea del imperio llega á ser casi ridícula cuando se oye decir á emperadores como Wenceslao que «los reyes de los Romanos están colocados por encima de todos los poderes temporales por la voluntad de Dios.» (MARTENE, *Ampliss. Collect.*, t. VII, p. 923.)

nifacio VIII la supremacía al Emperador sobre los reyes de Francia; en la lucha entre el Papa y Felipe el Hermoso no es el Emperador ni el Papa, sino la gran voz del pueblo quien triunfa. Mientras el Pontificado que habia destruido el Imperio trataba de reconstituirlo, se formaban las nacionalidades. Ellas protestaron lo mismo contra la monarquía universal del Papa que contra la monarquía universal del Emperador. Tenemos un testimonio interesante de este movimiento del espíritu nacional en *Le Songe du Vergier*, obra de un legista del siglo XIV, cuyo objeto es sostener la causa del Estado contra las usurpaciones de la Iglesia. La Iglesia se apoyaba en el Imperio, lo mismo que el Imperio se apoyaba en el Pontificado. El legista frances desecha la idea de la monarquía universal; niega que esté fundada en el derecho divino, porque no la encuentra consagrada ni en la Ley Antigua ni en el Evangelio; ve, por el contrario, á los reinos particulares existir ántes que el Imperio. ¿Qué es, pues, la monarquía universal de Roma? «El producto de la violencia y de la injusticia; va contra el mandato de Dios, que ha dividido los señoríos del mundo entre los reyes, los duques y los príncipes» (1). Hé aquí la primera reivindicacion del derecho de las nacionalidades contra el pretendido dominio del mundo del Emperador, y es decisiva: las naciones son de Dios, como dice el legista frances, al paso que la monarquía universal no ha sido nunca más que una usurpacion de la fuerza.

Los papas continuaron defendiendo la idea del Imperio, inseparable de la unidad católica. Cuando el Oriente amenaza á la Europa con una nueva invasion de la fe mahometana, los papas tratan de reunir á la cristiandad bajo las banderas de aquel que lleva siempre el nombre de jefe temporal del mundo cristiano. *Eneas Sylvio* (después Papa bajo el nombre de Pío II) escribió una teoría de los derechos del Emperador; quiere hacer de él el monarca universal. Pero este señor de la tierra no tiene poder alguno ni áun en Alemania; *Eneas Sylvio* lo confiesa tristemente: «Su poder es nulo, dice dirigiéndose á los príncipes alemanes. Le obedecéis en lo que queréis, y queréis lo ménos posible; cada cual

(1) *Le Songe du Vergier*, libro I, c. 36 (*Tratados de las Libertades de la Iglesia galicana*, t. II, p. 30-36).

no piensa más que en su interes; de ahí las incesantes guerras que debilitan á la Alemania. ¿Cómo han de poder dominar el mundo los que no saben gobernarse á sí mismos?» (1). Este es el canto de cisne del Imperio. Oigamos al mismo escritor la oracion fúnebre de la unidad de la Edad Media: «La cristiandad es un cuerpo sin cabeza, una república que no tiene ni leyes ni magistrados. El Papa y el Emperador tienen el brillo que dan las grandes dignidades; son fantasmas deslumbradores, pero no están en estado de mandar, y nadie quiere obedecer. Cada país se halla gobernado por un soberano particular, y cada príncipe tiene intereses separados.»

Sin embargo, la idea del Imperio tenía tanto poder que quedó siendo como el ideal de la humanidad. Hemos dicho y repetido que esta idea es falsa. Ahora bien, ¿es que los pueblos y los conquistadores que han pretendido la monarquía universal, los pensadores y los poetas que han visto en ella la realizacion de la paz y de la armonía, han sido juguete de un prolongado error? No, no todo es falso, ni áun en nuestras ilusiones. La unidad, la armonía es una necesidad irresistible del género humano. Porque parecia satisfacer esta necesidad, ha tenido la monarquía universal tan largo eco en la historia y en el dominio del pensamiento. Si esta idea ha acabado por borrarse, es porque no se cuida de otro elemento tambien esencial de la naturaleza humana: la diversidad, la individualidad. Este elemento ha tenido un desarrollo inmenso en las sociedades modernas; hoy domina, pero no llena el vacío que debia satisfacer la idea del Imperio. La humanidad trabaja en busca de una nueva concepcion que ha de conciliar todas las exigencias de nuestra naturaleza, que ha de dar la paz y la armonía, pero sin absorber lo que hay de individual en la creacion; que ha de respetar las diversidades de los genios nacionales, pero sin olvidar que las naciones no son más que miembros de un gran todo. Este es nuestro ideal. La humanidad no lo alcanzará, porque no está en sus leyes el llegar á la perfeccion; pero nuestro deber es perfeccionar incesantemente el estado social teniendo en cuenta el término de nuestros destinos.

(1) AEN. SYLV. *German.* c. 43, en GOLDAST, *Politica imperial*, p. 551.